

# GUIA DE CAMINOS

GASPAR IRUÑA

# GUIA DE CAMINOS

POR

D. GASPAR IRUÑA

PROFESOR DE ASTRONOMÍA Y BOTÁNICA,  
SECRETARIO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS,  
SOCIO HONORÍFICO DEL COLEGIO DE FARMACÉUTICOS,  
SOCIO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS Y ARTES

1886

EDICIÓN ANOTADA E ILUSTRADA

Láminas de

ANA ISABEL IRUÑA

1994

Lavandera Blanca\* Editores

# GUIA DE CAMINOS

HACIA TODA PARTE, EN TODAS LAS ESTACIONES DEL AÑO, TODOS LOS AÑOS

## *Preliminar*

- 1 ..... Caminos australes
- 2 ..... Caminos de Poniente
- 3 ..... Caminos hacia Levante
- 4 ..... Caminos hacia Septentrión

## *Láminas*

## *Preliminar*

POR NUMEROSAS QUE SEAN LAS COSAS POR DECIR, MAYOR ES EL número de maneras para decirlas. Elige el que explica una u otra entre las que piensa; aunque alguna destaca mejor cuando el cabal entendimiento de lo dicho es cuanto pretende al decirla. Así viene a ser posible que nos entendamos entre todos sin babélico alboroto ni crónico error. Hay, además, quien sin una palabra dice mejor lo que quiere decir. Se dibuja una mueca exacta y queda abreviado lo complejo; se arma un ademán amplio y exuberante y llega bien elocuyente el recado. De niño recuerdo a quien le sobró un gesto elemental para eludir una demostración aparatosa de graves y compuestas palabras. Mientras algunos aturden, enredan y traban, se agradece al que resuelve en justa expresión, sin restarle un ápice de sentido, la manera con que se expresa. De seguida se dirá cómo fue el citado gesto, si bien antes merece un preliminar esta *Guía de Caminos* que ya empieza.

De caminos es guía la que justo comienza el lector. Los tiempos presentes, en mudanza y adelanto continuos, a punto de parecernos a veces frenético el progreso imparabile en que vivimos, recomiendan a la persona disponer de orientación fiable que la guíe con acierto entre tanto camino ahora tendido. Seguro apostaría a que el lector ha sentido, cada uno a su manera, el vértigo y la confusión de este final de siglo. Es la nuestra una era de ferrocarriles que atraviesan fronteras como vientos soberanos; navíos y tripulaciones capaces de unir continentes con segura regularidad; expediciones que visitan lugares remotos por donde antes nunca anduvo un individuo, lugares ignorados hasta ahora y que ahora son lugares donde ir, como si el planeta Tierra fuera una posibilidad surcada de destinos. Para mayor coincidencia, acontece todo a punto de acabar la centuria, tan cerca ya el futuro siglo XX, en el que fue popular ocasión para ver el comienzo de una nueva era. Estamos, pues, entre lo que acaba y lo que comienza, es decir en un destino crucial, como son todos los que

dan partida o se señalan como llegada. Justo para ir de aquellos a estos viene y se ofrece la presente *Guía de Caminos*, entre la palabra que explica y el gesto que señala.

De gestos se dijo al principio y ahora se continúa para terminar. Ya se expuso que los hay tajantes como un no y elegantes como un sombrero. Breve y elocuente por igual resultó un gesto que tuvo la virtud de ensanchar mi entendimiento infantil hasta caber todo lo que después metí en él. Y tantas cosas acabaron dentro, que el recuerdo lo cuidó y reservó como si se tratara de una verdad hermosa, sin restarle valor que contuviera un error principal en su belleza de compás.

Siendo niño era gustoso entonces de aparecerme entre los habituales temporeros que a mi familia servían pues me parecían gente desatada y amena, de muchas cosas conocedores, buenos contadores de estas cosas casi todos. Entre ellos había uno llamado Germán al que recuerdo en dos detalles: era el único que usaba calzado que no descubriera sus dedos y aparecía en la hacienda nada más

terminar el invierno, puntual como un vencejo. Hombre de contadas palabras y secreto juicio, a Germán interesaban las cosas superiores de la existencia, sin menoscabo de resultar eficaz en su trabajo y servidor en el trato. Un día de verano, la fecha exacta poco interesa, hablaba el sobredicho Germán con sus habituales de faena con ademán airado y elocuente. Una subida de voz llamó mi atención, pues no era él el hombre porfiador sino lo contrario; por su tono, en la discusión parecía que a Germán acusaran de forma injusta. Llamado por la curiosidad me acerqué al grupo y vi que a todos se dirigía diciendo que no sería él quien creyera no entendí entonces cuál cosa. Debo decir que, por ser niño cuando ocurrió lo que se cuenta, no supe juzgar lo que explicaba el citado Germán a sus compañeros; pero fue tan rotundo el gesto que acompañó sus palabras que a él me atuve durante mucho tiempo como una soberana sensatez.

Oí contar a Germán sus más de veinte años en que él iba a trabajar cada mañana al molino del arroyo Trifón, donde una noria

sacaba agua que después vertía en los canales de la hacienda; y ni un solo día durante todos esos años, dijo, se movieron de allí el molino, el arroyo, la noria y las acequias; que todo, decía, estaba bien quedo y bien plantado, que siempre permaneció la hacienda al volver tras el invierno donde la dejó el año anterior y que, gracias a que bien quieta estaba la Tierra entera, él podía volver todos los años al mismo sitio; pero, continuaba Germán, todas las mañanas veía asomar el Sol por detrás de la arboleda del Chaparral (y en esto indicó con el brazo bien tenso en dirección a la arboleda citada), se elevaba hacia lo alto el mismo Sol (y aquí levantó su brazo apuntando al cielo) y descendía en la dirección opuesta hasta desaparecer detrás del monte entre colores que volvían de lana las orillas de las nubes (y Germán bajó su brazo señalando a Poniente con tal rectitud, que no parecía sino que desde allí le sujetaran la punta del dedo con un cordel tirante). Por ser escaso mi entendimiento, pues era niño, ya dije, yo creí oír entonces una evidencia que no podría encontrarse igual en la vida, apoyan-

apoyando



do a Germán en todo punto de su explicación y preguntándome a quién se le ocurriría el disparate de negar que el Sol daba vueltas alrededor de la hacienda, todos los días una vez, como decía Germán y se podía comprobar con tan solo mirar el astro y observar su viaje a través del cielo, poco más o menos por la misma línea que Germán había marcado con su gesto, subiendo primero y bajando al lado opuesto después, de horizonte a horizonte, de Levante a Poniente.

Hoy recuerdo a Germán con afecto todavía admirado. A Germán asistían la experiencia diaria y su secreta cavilación, convenciendo del viaje del Sol alrededor de la Tierra. Mas le faltaba la experiencia colectiva, que no otra cosa es la Ciencia para la persona; pues no es ciencia sino lo probado con repetido cumplimiento, ponderado con exacto rigor y aceptado con general consenso, una vez establecida su veracidad indiscutible. Ciertamente, en primer momento supuse veraz la afirmación de Germán, una conclusión directa de la observación incuestionable, a la que seguía un razonamiento lógico

pero falso. Cuando años más tarde descubrí con el estudio su yerro estrepitoso, no obstante retuve en el recuerdo como magistral la lección equivocada de Germán y la rotundidad expresiva de su gesto, fruto de una divagación íntima que ansiaba respuesta. Si el mérito y el deleite que regala la verdad es para el que sabe descubrirla entre lo falso, al menos nuestro sentido reconocimiento merecen los que la pretenden sincera y afanosamente, como así era el caso de mi recordado Germán, que solo por responderse, aunque equivocadamente, demostró mayor valor que quienes ni siquiera se preocuparon en preguntarse.

Tan extensa y diversa se nos aparece la realidad en el Mundo, que bien parece un milagro el que logremos reconocerla. A la disparidad de lo creado se añade la diferencia intrínseca del entendimiento humano, por lo general necesitado de orientación. A esto viene la presente *Guía de Caminos*, a orientar con acierto a partir de ahora, sin más detención.

# E

## L ASIDUO LECTOR Y EL ATENTO

caminante, ambos propensos a lo episódico, comprobaron en su ganada experiencia cuánto de entusiasmo e indecisión los acompaña al comenzar la lectura y el camino. Se duda si se parte con lo preciso, si es conveniente el momento, si se encontrará en el final lo buscado; se duda y se duda, en suma, hasta que se topa con el primer imprevisto, momento en que el titubeo del principio se calma tan fácil como se olvida un trámite. A partir de entonces, lo mismo esperan quien lee y quien va de viaje: que no falte entretenimiento. No está de más, pues, haber elegido para el comienzo de esta lectura uno de los caminos que mejor entretienen al viajero; ahora se dirá por qué. Antes, quede claro desde este punto de partida, no están la razón y el mérito del viajero sólo en llegar al destino, como tampoco del lector llegar al punto final, sino en servirse del camino y la lectura para dar al espíritu del individuo las respuestas que sustentan su permanente hábito de preguntar.

Si el que ahora emprende este viaje viene ya de lejos, sepa que no hace sino continuar a otros que lo precedieron; pues, mayormente, la persona camina sobre rumbos previos, los cuales el pensamiento inició hace tiempo. Empero, mucho es lo andado y más lo que queda por andar; téngase presente para aliviar cansancios que en no pocos casos resultan más figurados que ciertos; y es que no nos cercan, atento caminante, más confines que los de la mirada, es decir que los de nuestra voluntad. En donde quiera ponerse la vista hay, con seguridad, un lugar por recorrer, entretejido por multitud de pormenores que la imaginación esboza pero que la curiosidad reclama tocar, por ser de natural insatisfecha. Caminar y preguntar son hábito en el individuo, a veces como un mecanismo perpetuo que a sí se da impulso. Quizá a un paso no suceda otro paso sino una pregunta, cuya respuesta exige avanzar de nuevo, o sea dar otro paso; de aquí que, como quedó dicho, el espíritu de la persona se sustenta mientras esta camina, o sea mientras pregunta.

Viene ya el motivo de la *Guía de Caminos*, que es dar a conocer cuáles señales orientan para elegir unos u otros caminos, pues grande es el número de los que hay para conocerlos todos con cabal detalle. A buen seguro, todos deseamos saber siempre cómo orientarnos en los recorridos que se nos tienden; pues es tanto vocación como oficio el ir de una parte a otra, casi ímpetu natural que solo se apacigua mientras se trajina. Principian esta *Guía* las regiones australes, se dijo antes, por lo entretenido de los caminos que allá conducen. Por dos razones fundamentales los disfrutará el caminante: la primera apunta a la abundancia y diversidad de paisajes y relieves; la segunda razón se debe a la sorpresa que reserva para el viajero si, es de ley avisar, lo bendice un tiento de buena fortuna.

## Set Heridaos

Es de imaginar, porque así lo aconsejó siempre la costumbre, que el viajero madruga en el día de su partida y que, en razón de la hora temprana, el cielo permanece oscuro, apenas sugeridos los resplandores que preceden la salida del Sol. Como el caminante carece entonces de ninguna orientación que aconseje su paso, la posición de cierta estrella es la primera señal a buscar. Rozando la hora de amanecer, poco antes de ocultarla la aurora, y mediada la primavera, se la encontrará sita justamente sobre el horizonte austral, prendida en la noche como una presencia débil y anónima. No es ninguna de ambas cosas esta estrella que se alude en primer lugar. Nombre tiene, de reciente asignación mas no por ello menos propio; pues, si a lo viejo acompaña su nombre ganando en significado con el tiempo, a lo nuevo se nombra necesariamente tras ser, primero, descubierto y, después, reconocido, cumpliéndose así los trámites previos de todo

conocimiento que ya establecieron en la antigua Grecia (1), lugar donde lo habitual fue ver y discernir, y nombrar a continuación dando a la palabra escogida concordancia oportuna con el objeto nombrado. Así pues, se llama Set Heridaos (2) la estrella de que se hablaba, singular y paradójica luz que, en contra de quienes la suponen una estrella corriente, quizá asombre al viajero de un modo repentino, mas sobremanera inolvidable.

El atento caminante sabe por experiencia que, aparte la visión imprevista de una estrella fugaz, al pronto desaparecida sin dejar huella permanente, o el paso visible de un eventual cometa, a menudo acompañado de esplendente y larga cola, pocos fenómenos contrarían la serenidad de la noche (3). De semejantes apariciones, hoy conocidas sus naturalezas intrínsecas gracias a la Ciencia y por ella espantados los temores que a tantos amedrentaron durante la Antigüedad, ninguna pone en duda la inmutable compostura del firmamento. Empero, en la primavera de 1852, hace poco más de trein-

treinta

ta años, suceso que algunos recordarán todavía, la noche sorprendió a todos en silencio alterando su estabilidad habitual.

Una claridad suave, matizada de frías coloraciones, anunciaba al astrónomo José Staszyc (4) el amanecer inmediato del día segundo de mayo de 1852. Como ordinariamente, los preliminares instantes del alba apagaban en el somero resplandor del cielo la presencia de las estrellas de menor brillo. Hacia el Sur, pocas estrellas lucían ya; y entre estas, imprevista, desconocida y aún innominada, una luz nueva, que, sin embargo de cuanto le hubiera sido natural y para asombro de Staszyc, fulgía sobre el horizonte con rabiosa luz mostrando ser a deshora claramente visible. En efecto, Set Heridaos, que es su nombre desde entonces, se había encendido durante la noche con inusitados poderío y orgullo y en breve plazo devino en fulgor sumo, hasta tal extremo, que, en contra de cuanto apuntaban anteriores observaciones, relumbraba con preferente brillo entre los reflejos de la aurora y se hacía notar como un sol extraño. A la siguien-

siguiente



te amanecida, ansiosamente esperada por Staszyc y por cuantos notables científicos alertó la noticia, Set Heridaos volvía a lucir muy por encima de su aspecto habitual haciendo que las estrellas vecinas, antes con mucho más brillantes, a su lado aparentaran ser luces tenues y débiles (5). Había sucedido uno de esos fenómenos que, en desacuerdo con la opinión de los antiguos, irrumpen sin norma ni aviso y alteran la apariencia estable del firmamento, la misma que aquellos tomaron como prueba evidente de la invariabilidad celeste (6).

En meses posteriores a su encendido, Set Heridaos se convirtió no solo en objeto de interés de la Ciencia; también fue admiración y regocijo de numerosas personas de disímil aptitud y condición; pues el inopinado cambio de la estrella trascendió a toda la sociedad, que dispuso en torno a aquella no pocas atenciones. Se dedicaron al astro reciente poemas y platos culinarios y sirvió de adorno en extravagantes y voluminosos sombreros, muy a la moda del momento; con el nombre de la estrella se nombraron embarca-

embarcaciones

ciones, se marcaron calles y se titularon casas de comercio; incluso, niñas alumbradas a poco del acontecimiento recibieron el nombre de la estrella. Al amparo de su brillante presencia y con excusa de la misma, en urbes principales se organizaron excursiones nocturnas con intención de distinguir y conocer la estrella, mientras el festejo acompañaba a los asistentes hasta la madrugada (7).

Dos meses después, entrado el estío, la luminosidad espectacular de Set Heridaos había descendido hasta su frágil apariencia habitual, rozando desde entonces el límite de la vista humana. Hasta la fecha, la estrella permanece en el que siempre fue su estado de discreción tenue, casi como un silencio. Si bien ha pasado tiempo, todavía se la recuerda aunque apenas se la vea, menos anónima la estrella gracias al nombre que reclamó para sí con sensacional gesto. Tendrá fortuna el caminante que la vea encenderse de nuevo, siendo partícipe de un espectáculo de dimensiones celestes, provecho que disfruta sin riesgo y recibe sin pago; pues, a prudente lejanía, el resur-

resurgir

gir impetuoso de Set Heridaos, de la cual se sospecha si no será una estrella de las llamadas temporarias, pone en la noche, dadas la hora y la fecha, casi en la aurora y mediada la primavera, una señal de seguro rumbo hacia las regiones meridionales. El caminante debe saber que, si se repite, el aumento del brillo de la estrella, aunque ostentoso, dura breve plazo. En las noches habituales, por desgracia todas hasta la fecha, la estrella mantiene una modesta presencia en el firmamento, entretanto se hace especialmente difícil reconocerla sin utensilio óptico (8). En primavera, casi sentada sobre el horizonte, apenas roza el orbe. Para bien avisar al lector y al viajero se anota que a Set Heridaos solo saben distinguirla los astrónomos y los muy peritos caminantes, rodeada de vecinas estrellas que envidian su lugar de preferencia contenida.

Una expectativa lejana, al modo en que se ha descrito, suscitan los caminos australes. En realidad, todos los caminos guardan, a capricho de la hora o del lugar, una insospechada sorpresa que,

de improviso, quizá convierta la fatiga en estímulo y la rutina en agasajo. Si la fortuna se brinda al que mira y este camina hacia el Sur, Set Heridaos relucirá asombrosa en primavera, donde antes nada parecía haber, como una respuesta veraz citada de pronto entre la oscuridad terrible (9).

CADA ÉPOCA ES PARA EL QUE LA VIVE UNA SUGERENCIA VANA de preponderancia, superación de lo pasado por el auge de lo moderno; y pocos reparan, por tal superioridad satisfechos, en que las que alientan a la persona son antiguas inquietudes. A menudo, ciertamente, algunas de estas inquietudes condujeron a respuestas abandonadas a poco de esbozarse, escaso como parecía lo que se obtuvo de ellas. Empero, a veces vuelven de insospechada manera las que fueron hipótesis olvidadas, barruntos de verdad antigua que en época moderna se muestran fiables y suscitan la posibilidad de continuarse con éxito,

como trayectorias de pensamiento que un día demuestran que no era lo antiguo tan desacertado, ni tan cierto en el presente lo nuevo. Por ser esto así, cuando se va, en ocasiones se regresa; pues puede suceder que el individuo tome direcciones emprendidas por otros con anterioridad aunque ahora le parezcan razonamientos despoblados.

Como ejemplo de este aparecer y desaparecer del pensamiento entre fechas, vienen a punto ciertas actuales teorías que pretenden explicar en términos de transformación, diferenciación y evolución gradual la diversidad de los seres vivientes, y que, aun cuando se exponen con ideas y expresiones de aire moderno, propiamente continúan lo que en su día pensó y dijo hace ya más de veinticuatro siglos el viajero y filósofo griego Anaximandro (10), el cual, sin otros medios distintos a los del puro entendimiento, o sea sin servirse de las fuentes de la experiencia, como recientemente han hecho científicos notables que de seguida se nombrarán, refirió ya en su época nuestro parentesco con otras especies animales a partir de

las que supuso evolucionó la especie humana, primero tras formarse de lo húmedo las más primitivas criaturas y después cuando las posteriores, mejor dispuestas, dominaron la tierra seca y el aire. Muy parecidas palabras, no cabe la menor duda, a las que han dictado a su manera el botánico Pedro Antonio de Monet (11) y el naturalista y también viajero Carlos Darwin, este todavía en vida (12), cuyas teorías, si bien por el momento carecen de confirmación, aparentan tener un respetable grado de acierto (13).

No mucho después que Anaximandro, y también como ejemplo de cuán tempranas fueron algunas inquietudes en el individuo, el sabio y viajero Demócrito (14), en respuesta a la variedad innúmera de las cosas materiales y partiendo de la imposibilidad de dividir cualquiera de estas más y más hasta el infinito, concibió la existencia de unas partículas mínimas que ni en dos pudieran ser partidas, a las que llamó átomos, una suerte de porciones indivisibles cuya disposición colectiva es causa de los cambios físicos de las cosas,

conforme se agrupen mecánicamente en el vacío tales partículas. Esta idea, llamada atomismo desde su origen, que tan pronto tomó como rechazó la atención de los científicos durante siglos, fue vuelta a considerar como fiable hace apenas unas décadas, sobre todo gracias a las investigaciones realizadas a principios de nuestro siglo por el físico y químico Juan Dalton (15), a partir de cuyos estudios la teoría del atomismo, aunque incontrastada, ha venido dando justificación a no pocos de los procesos naturales hasta la fecha conocidos, ya sean del ámbito físico o del químico, adecuándose cabalmente a los requisitos de la experimentación (16), sin que de inmediato se prevean, de consuno con los aciertos científicos, las aplicaciones prácticas de la sobredicha teoría, si acaso las tuviera (17).

Como indica la lectura, para el caminante de veras, ningún destino está próximo, ni lejos. Él sabe que la distancia es una magnitud dependiente de la decisión del viajero, que la acorta o alarga según con qué índole y atención se dedica al trayecto mientras el viaje

dura. A su conveniencia si es este o aquel el recorrido; mas, por seguro tiene el buen caminante, casi todas las direcciones están ya emprendidas y no se suele ir sino por donde otro anduvo antes; a veces tanto tiempo antes, que, como sucede con esas citadas teorías de reciente aparición, los destinos del individuo son direcciones que parecían no llevar a ningún sitio, por lo mismo dejadas en abandono y próximas al olvido hasta que alguien las recoge para ir con ellas hasta donde no se sospechó llegar al principio. Tales cosas suceden por haber caminos y preguntas que desaparecen y aparecen y desaparecen y aparecen otra vez, es decir que, aunque ocultos, permanecen.

## El cardo del Sacre

Es de corriente opinión entre los caminantes preferir las mañanas de octubre a las de mayo. Dicen quienes las conocen bien



que, aun cuando aparentan parecido, en todo punto son diferentes. Así aluden cómo las mañanas de octubre prolongan durante sus horas el recién acabado estío, para tal fecha reducido a un poso sereno y tibio; mientras ocurre que las mañanas de primavera despiertan ataridas por amaneceres blanquecinos en los que perduran las escarchas del invierno pasado, algunas de las cuales permanecen hasta el mediodía en sombras poco aconsejables. Los caminantes peritos consideran, por lo dicho, que se adelanta más y mejor en mayo que en octubre; no por haber más prisa sino más destemple en el cuerpo, por lo que gana vigor el paso. Empero no conviene nunca apresurar la marcha, no sea que se le prive al camino de sus mejores provechos, que son el conocimiento y, por este, el auténtico gozo, para los cuales se precisan un caminar despacioso y discontinuas pausas, como las que tendrá que hacer el viajero si encuentra próxima al camino, por fortuna para él, cierta señal que convierte las mañanas de mayo en un momento festivo.

El cardo del Sacre (18) es una especie habitual de las espesuras más apretadas, asiduo compañero de jaras, espliegos y arrayanes, entre cuyas hojas y flores pasaría inadvertido si no fuera por ciertos repentes en los que el cardo gana para sí cuantas atenciones anden próximas. La flor del cardo del Sacre permanece recogida en la yema durante semanas, hasta que, de súbito, se abre como un fogonazo amarillo que se apagará tras breve plazo. En efecto, apenas en unos momentos, el tálamo de la flor se expande, el involucro de espinas cede y surge un vilano de prietos y ligeros filamentos amarillos, como dorados, que apenas libres se desprenden sacudidos por el aire dejando un receptáculo carnoso pero vacío, días después convertido en broza. Sin embargo de su rápida marchitez, la flor del cardo del Sacre corona de hermosura inimitable una mata aparatosa y harto provista de hojas decurrentes que, por la especial dureza de sus espinosos bordes, evitan rozar quienes pretenden la flor, no pocos al llegar la primavera a su mitad, cuando más probable es la floración instantánea del cardo.

En la muy célebre y muy recurrida *Etymologia plantarum* del doctor Henriques de Almeida (19) se citan diferentes nombres del cardo, entre ellos los de *sorprendente*, *miracanto*, *ojo de sierpe*, *cardo morilloche*, *reventón* y siete más hasta completar un total de trece, del primero al último utilizados habitualmente en las regiones pobladas por el cardo, si bien, para posibilitar a los botánicos la correcta distinción de la planta, todos se reúnen en el de «*Cirsium luminosum*», tal como establece para esta especie la nomenclatura binaria creada por Carlos de Linneo, notable especialista en Botánica (20). Con respecto al nombre utilizado en esta *Guía de Caminos*, cardo del Sacre, Henriques de Almeida menciona en su *Etymologia* ciertas villas sureñas próximas entre sí que durante los tres días centrales de la primavera, en la primera semana de mayo y en coincidencia con la festividad de san Heliodoro, citan a sus poblaciones a los mohedales colindantes, donde los jóvenes se enfrentan en competiciones que premian a quienes consigan el mayor número de las flores aludidas. El nombre de cardo

del Sacre alude, siempre según nota Henriques de Almeida, a cuantos hurtan a la mata su flor, que no son solo los competidores participantes en los festejos de primavera, también hay vecinos paseantes y andariegos ocasionales que, al descubrir la flor en un reajo de admiración y sorpresa, no resisten dejarla atrás y la cortan con intención de llevarla consigo, algunos sin saber con cuánta brevedad se apagará el esplendor recién encendido. Ciertamente, es la de este cardo una flor hermosa como pocas: de un palmo de grande y perfectamente circular, de intenso y puro amarillo, ceñida por prietas escamas que rematan largas espinas de cuatro o cinco centímetros, como rayos de luz súbitamente expandidos en coincidencia con las fechas de la festividad de san Heliodoro.

Si la encontrara abierta, bien puede decirse que radiante, el viajero quizá quiera cortar la flor del cardo del Sacre y adornarse con ella hasta que se amustie; pero le aconseja esta *Guía de Caminos* dejar en su mata la flor y que se detenga al lado el tiempo que dura la

floración, apenas unos momentos, ya se dijo. Le servirá de excusa para el descanso. Conviene entonces aligerarse de prisa y peso y disfrutar de la perfección circular de la flor, de su amarillo luminoso, como una estrella que estallara de súbito iluminando las dudas del viajero. No las tenga: si ve la flor del cardo, estrella de primavera, va recto y seguro hacia el Sur.

AUNQUE POCO LLEVA ANDADO HASTA AQUÍ, EL LECTOR CONSENTIRÁ en admitir que no todo se reduce a mantener el esfuerzo durante la travesía. Viene siempre muy oportuno recibir alguna que otra gracia que nos favorezca; por ser hermosa y dulce, como fruta en sazón, por aliviar la fatiga, como ventolina fresca, o por servir de confianza con que salir de la duda, como consejo experto ante un cruce de veredas. Las respuestas atinadas y el final de los caminos se obtienen, las más de las veces, tras una mayoría de empeño y una porción

de buena fortuna. Tengan a partir de aquí el lector y el caminante toda la que merezcan según su esfuerzo; pues sin duda la obtienen quienes no cejan ni en la lectura ni en el camino. Ciertamente, la persona nunca dejó de caminar sumando esfuerzos propios y revelaciones fortuitas; y sigue y sigue para llegar a destinos y respuestas en los que se justifican las vicisitudes del caminante, atento siempre, porque así lo dicta la lectura.